



E S P A C I O A B I E R T O



Manuel L. Alonso

Cita con la muerte

ANAYA



1.ª edición: abril 2011

© Manuel L. Alonso, 2011
© De esta edición: Grupo Anaya, S.A., Madrid, 2011
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

ISBN: 978-84-667-9488-6
Depósito legal: M. 8725/2011
Impreso en Anzos, S. L.
Polígono Industrial Cordel de la Carrera
Fuenlabrada (Madrid)
Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas en este libro son las establecidas por la Real Academia Española en la nueva *Ortografía de la lengua española*, publicada en el año 2010.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

E S P A C I O
+ + + +

+ + + +
A B I E R T O

E S P A C I O
+ + + +
A B I E R T O

Diseño y cubierta de
Manuel Estrada

E S P A C I O A B I E R T O



Manuel L. Alonso

Cita con la muerte

ANAYA

*A Gabi, Lorenzo y Nico, que proceden
respectivamente de Alemania, León y Asturias,
y son, como yo, ciudadanos del mundo,
este libro que trata, entre otras cosas,
de viajes y de la amistad.*

Capítulo primero

El robo

Estaba tan nervioso como si fuera a cometer el robo del siglo.

Entré en el portal como en tantas otras ocasiones, sin dejar que mis movimientos traicionasen el secreto de que esa vez iba a ser distinta. Yo ya no era el auxiliar que trabajaba en las oficinas del entresuelo; ya no tenía, como entonces, diecisiete años, sino diecinueve. Y ahora era un astuto ladrón, nada menos.

«Bueno, todavía no soy ladrón», precisé mentalmente mientras subía las escaleras. «Solo eres ladrón si te cogen. Y a mí no me han cogido aún».

Sabía que en la caja no iba a encontrar una fortuna. Normalmente solo guardaban el dinero necesario para algún pago imprevisto. Pero a mí me bastaría para sobrevivir algún tiempo.

La ventana que me interesaba, en la escalera, era tan fácil de abrir como había supuesto. Me asomé por ella al patio interior. A esa hora de la comida se mezclaban los olores y las voces de los siete pisos. Nadie en las ventanas.

Un poco más abajo de donde yo estaba, y tan cerca que casi se podía alcanzar de un salto, había una ven-

tana más estrecha que las otras. La recordaba bien. Había pensado en ella durante varios días con sus noches. Observé que era de guillotina; bastaría con subirla de un empujón, y adentro. Fácil.

Entrando por allí me encontraría en el lavabo. Al otro lado de la puerta había un despacho grande, donde habitualmente trabajaban cuatro personas. Y, en una de aquellas mesas, la pequeña caja de metal. Si no encontraba la llave, me la llevaría cerrada. Bajo la ropa, no me estorbaría para desandar el camino. Lavabo, ventana, patio, ventana, escalera, portal. Y se acabó. Saldría caminando como si tal cosa. No más de cinco minutos en total. El único riesgo, los pocos segundos en el patio de luces, a la ida y a la vuelta. Si, entre tanto, alguien se asomaba, podía ser que le diese por llamar a la Policía.

Pero, de todas maneras, cuando llegasen yo estaría muy lejos. Miré de nuevo hacía arriba, recorriendo con la vista todas las ventanas. Ropa tendida, el sonido de algún televisor, voces de niños probablemente lloriqueando ante un plato de verduras. Después miré la hora. No sé por qué, siempre miro el reloj cuando estoy nervioso. Las dos y media. Tal vez algún día se lo contaría a alguien: «Recuerdo que cometí mi primer robo a las dos y media de la tarde».

Pasé una pierna por el alféizar, luego la otra. Quedé sentado durante unos segundos con los pies colgando a un par de metros del suelo.

Me dejé caer.

De pronto, fue como si me hubiera vuelto sordo. Ya no me llegaban las voces, solo un raro murmullo en los oídos que debía proceder de mi sangre alterada. La boca se me había quedado seca, pero me sentía ágil como un gato.

Llegué a la ventana del lavabo y la levanté sin dificultad. Si tenía alguna clase de cerrojo, mis ex compañe-

ros no lo habían echado al irse a comer. Entré y me quedé encogido unos pocos segundos, esperando oír algún grito de los vecinos. Nada. Recuperé el aliento y recuerdo que, mientras giraba el pomo de la puerta, empecé a sentirme muy listo, un verdadero ladrón de guante blanco como los que había admirado desde niño.

Durante tres meses había trabajado en aquellas oficinas haciendo cosas tan tontas como atender al teléfono, escribir facturas y pelearme con los ordenadores. Era un sitio un poco siniestro, a la antigua, y mi empleo allí fue de esos que te dejan mal sabor de boca. Claro que, en los dos años transcurridos desde entonces, no había encontrado nada mejor. Solo un par de trabajos de pocos días: miseria.

Avancé entre las mesas vacías, recordando. «Aquí se sentaba Alicia y aquí, María Antonia; esa era la mesa de Julio y aquella, la de Sebastián. La caja tiene que estar allí».

Incluso encontré la llave en el ingenuo escondite que Sebastián, el jefe de administración, solía usar en mis tiempos. Ventajas de una empresa familiar, donde no hay desconfianza. Miré por encima el puñado de billetes. Había mucho más de lo que había imaginado, debía de pasar de las cien mil pesetas. En aquella época, once o doce años antes de terminar el siglo, era una cantidad apreciable. Bien, un poco de buena suerte por fin. Me lo guardé en el bolsillo, procuré dejar llave y caja donde las había encontrado y volví sobre mis pasos.

En el lavabo tuve un impulso absurdo. No sé si fueron los nervios, pero sentí unos deseos de orinar casi irresistibles. Creo que hasta empecé a bajarme la cremallera. Luego lo pensé mejor y decidí que lo primero era salir de aquel lugar cuanto antes. Me giré hacia la ventana. Lo que vi allí me erizó la piel.

Era un hombre ni muy alto ni muy impresionante, pero su expresión obtusa y decidida me inquietó tanto como si portara un arma. Por otra parte, también llevaba una, aunque fuese un simple garrote.

Sin duda era el nuevo portero de la finca, al que yo no conocía. Un trabajador extremadamente inoportuno y celoso de sus deberes. Y lo peor era que no estaba solo. Otros dos ciudadanos, sin duda encantados con la perspectiva de atrapar a uno de esos «chorizos» a los que todo el mundo odia, saltaban ya por la misma ventana que había utilizado yo.

Uno de los hombres me informó de que la Policía estaba en camino. Durante unos segundos consideré la posibilidad de enfrentarme a ellos a puñetazos y salir corriendo, pero cometí el error de pararme a calcular las posibles consecuencias, y eso me desanimó.

Algunas caras curiosas se iban asomando a las ventanas. Las buenas gentes parecían felices al poder disfrutar de un espectáculo gratuito e inofensivo, en el que por una vez ganarían los buenos, es decir, ellos.

Miré mi reloj. Eran las tres menos veintitrés. Mi carrera de ladrón había durado siete minutos.